

Sin embargo, la autora ha querido llevarnos a otro espacio, no se ha querido desprender de sus palabras, las vuelve a recoger para utilizarlas en un nuevo proyecto. Este libro no es un libro. Está el amor por el ser querido al que se busca rendir un homenaje, y para lo cual, recurre a la recopilación de textos, algunos de los que ya se había desprendido. Los ha llamado de vuelta, ha invocado sus nombres, como si le pertenecieran, como si fueran suyos. En este acto de renombramiento se ha violentado el orden del texto.

*El silencio del nombre* no es la suma de los ensayos que lo componen, es la expresión de un dolor que no puede consolarse con palabras. Es la reiteración del nombre con el fin de agotarlo, de volverlo estéril. Ahí surge el silencio, al que la autora se resiste. En esta lucha por retener lo que pide partir, Esther Cohen rescribe sus textos para hacerlos un libro.

La presentación de este material sugiere al lector que fragmente su lectura. Que recorra el discurso discontinuo de los ensayos, sin que se exija una comprensión de todos como unidad integral. En otro orden de lectura, que se presenta en forma paralela, encontramos a la autora invitándonos a compartir su manera personal de escribir sobre el dolor y el amor. Y sobre lo que esto representa para una mujer judía que escribe y describe el profundo significado que estas palabras tienen para ella.

MAURICIO PILATOSWKY

*Instituto de Investigaciones Filosóficas-UNAM*

mauripila@mexico.com

Joseph Femia, *The Machiavellian Legacy. Essays in Italian Political Thought*, MacMillan Press, Londres, 1998.

El libro del profesor Femia tiene dos temas fundamentales, ambos de enorme interés para quien hace de la teoría política su campo de estudio. Uno consiste en la identificación de las características básicas y de los autores que, en el siglo xx, han mantenido viva la peculiar tradición de pensamiento italiana. El segundo, de mayor importancia en mi opinión, es la identificación del elemento fundamental de esta tradición: el legado de Maquiavelo. Es el más importante porque, como se sabe, de Maquiavelo se han dicho cualquier cantidad de cosas, desde que es un “maestro del mal”, como quiere Leo Strauss, hasta que es el defensor de un republicanismo virtuoso y moralista, como han sostenido Hans Baron o Maurizio Viroli. En el espacio abierto entre estos dos extremos, la obra de Maquiavelo ha sido interpretada de casi cualquier manera imaginable. Es por ello necesario buscar una interpretación pertinente, que dé cuenta de esta amplia gama de interpretaciones y que, al mismo tiempo, se haga cargo de la enorme complejidad del pensamiento de Maquiavelo. Una interpretación pertinente de Maquiavelo, hoy, debe además entenderlo tomando en cuenta toda la cultura del Renacimiento, y no sólo una parte de ella (como hacen los que intentan convertir a Maquiavelo sólo en un humanista republicano).

En mi opinión, el profesor Femia logra ofrecer los rudimentos de una interpretación óptima de la obra de Maquiavelo y, con ello, clarifica las características básicas de la tradición italiana del pensamiento político. El libro consta de un largo primer capítulo en el que se ofrece una muy completa interpretación del legado de Maquiavelo, es decir, de aquello que hace particular e importante la obra del secretario florentino. En los capítulos que siguen, se revisa la influencia de Maquiavelo en la obra de algunos de los teóricos sociales y políticos más importantes de inicios del siglo xx y finales del xix: Labriola, Gramsci, Mosca y Pareto.

Lo primero que a uno se le ocurre cuando se enfrenta a esta lista, es que lo único que tienen en común estos cuatro autores es la nacionalidad. Los dos primeros son marxistas, no muy ortodoxos, es cierto, pero marxistas a fin de cuentas. Los otros dos son parte del triunvirato (falta Michels) que estableció uno de los temas dominantes de la ciencia política del siglo xx: la teoría de la élite política. Si uno se acerca un poco a la obra de todos ellos es posible encontrar un gran tema común: todos son críticos de la democracia, pero de manera distinta. Para los marxistas el problema con la democracia liberal aparece en el adjetivo, mientras que para los elitistas aparece en el sustantivo. Ahora bien, para Femia esta semejanza no es crucial para entenderlos como parte de una tradición política particular. Femia parte de la caracterización que Norberto Bobbio hace de lo que distingue al pensamiento político en Italia. De las tres teorías posibles sobre el Estado, (1) como fuerza, (2) como foco de una moralidad colectiva heredada y (3) como garante de derechos universales, para Bobbio lo que distingue a la tradición italiana es su apego a las concepciones (1) y (2), y su rechazo a la número (3). Sin embargo, Femia sostiene que es el liberalismo de Bobbio lo que le impide ver aquello que en verdad las distingue de otras tradiciones: el elemento definitorio es, para nuestro autor, el rechazo a la trascendencia del Estado (p. 2). Lo que Femia sostiene es que:

estos cuatro autores, a pesar de sus diferencias evidentes, trabajaron a partir de una premisa maquiavélica idéntica [...] lo que los unía, en el fondo, era su hostilidad al “esencialismo”, a la propuesta de valores “*a priori*”, impuestos sobre los hombres por Dios o la naturaleza, y revelados a nosotros por la sagrada escritura o la razón abstracta. Para los teóricos en cuestión, como para Maquiavelo antes de ellos, no había valores o normas incondicionales, ni modos universalmente válidos de conducta, ni “esencias” supra-históricas, distintas de los atributos observables de los seres humanos (p. 2).

De lo que Femia habla aquí, en mi opinión con enorme perspicacia, es de aquello que distingue a la obra política de Maquiavelo (y de sus seguidores) de la mayor parte de los filósofos de la política, antiguos, modernos o contemporáneos: su radical naturalismo (o materialismo, si se desea) y su clara perspectiva imanentista. Ésta es, en efecto, la llave maestra que permite el acceso a la comprensión correcta de los escritos de Maquiavelo y de la teoría política que ellos inauguran.

Para Femia es precisamente el rechazo a los “universales abstractos”, lo que permite explicar por qué la obra de Maquiavelo representa un cambio radical en la historia del pensamiento político. Femia acepta la hipótesis (hoy en día puesta en duda por las interpretaciones que enfatizan el republicanismo en la obra de Maquia-

velo), que sostiene que Maquiavelo presenta *una sola* teoría de la política en ambos textos; la única diferencia es que en uno el acento está puesto en los principados y, en el otro, en las repúblicas, que son las dos únicas formas de gobierno posibles (como señala en la primera oración de *El príncipe*). La mejor manera de entender la interpretación que Femia hace de Maquiavelo consiste en identificar aquellos elementos de la cultura política clásica y medieval contra los que el florentino se revela:

[se trata de una concepción del mundo] teleológica (toda la creación está gobernada por propósitos divinos), holista (todo está orgánicamente unido con todo lo demás), jerárquica (los órdenes cósmicos y sociales están graduados de acuerdo con grados de proximidad o pureza respecto de dios), estática (el plan de dios, como dios mismo, es eterno y no puede cambiar) y ultra-mundana (el espíritu del hombre es alimentado por la vida interna cuyo centro descansa afuera de la ciudad terrena y de la humanidad carnal) (pp. 9–10).

En efecto, para Femia, Maquiavelo trabaja a partir de una concepción del mundo y de la naturaleza totalmente distinta: rechaza toda teleología, la noción de cosmos, la noción de una jerarquía natural, la idea de que el mundo y la naturaleza no cambian o de que la justificación de la acción e instituciones humanas está fuera de la naturaleza. Según Femia, para Maquiavelo, “el universo no está gobernado por la razón o la mente; la estructura de la realidad es básicamente un sistema de movimiento físico” (p. 17) o, en relación con la naturaleza humana “El comportamiento del hombre no está determinado ni limitado por normas o fuerzas trascendentes [...] todo es reducible a dimensiones y pasiones humanas” (p. 18).

Este rechazo de la metafísica o de “razonamiento *a priori*”, se refleja en la preferencia de Maquiavelo por un método y dos temas. El método es algo parecido al llamado “método empírico”. Los temas a los que Femia hace referencia son, por un lado la preferencia por lo que hoy se llama “consecuencialismo” en ética y, el más importante, su concepción del objetivo de la política como el medio que los seres humanos han encontrado para satisfacer su ambición y su deseo de estima. Es en relación con estas tres cuestiones que deseo proponer algunas observaciones críticas a la interpretación de Femia.

Para Femia el empirismo de Maquiavelo desemboca en un particular punto de vista para entender la política: el llamado “realismo político”. El contenido de la noción de realismo político en Maquiavelo aparece en el famoso párrafo del capítulo XV de *El príncipe* en el que afirma su preferencia por la “*verità effettuale*” de la cosa, y su rechazo por las teorías que imaginan repúblicas que nunca existieron. Femia analiza este párrafo y nos ofrece tres “proposiciones” que definen el realismo político de Maquiavelo:

(1) los hombres no son lo que parecen; a pesar de sus declaraciones de buena fe, son generalmente malvados —al menos en su comportamiento político—; (2) los proyectos ideales, sin relación con los problemas prácticos, son inútiles; y (3) la supervivencia —condición de todos los otros bienes políticos— suele requerir acciones que no son guiadas por la moral bíblica tradicional (p. 40).

Femia reconoce correctamente tanto el contenido del “realismo político” de Maquiavelo, como el nexo entre este último, el rechazo a la metafísica y la preferencia por el empirismo. El problema surge cuando Femia intenta establecer una relación entre el —indudable— empirismo de Maquiavelo y el positivismo. Femia sostiene que Maquiavelo puede ser considerado como un “positivista embrionario” (*embryonic positivist*), dado que, en primer lugar, concibió su tarea teórica como la transformación de “hechos empíricos”, en “preceptos teóricos” (p. 36) y, en segundo lugar, su interés fundamental no estaba dirigido a eventos políticos, sino al establecimiento de “leyes que relacionan eventos” (p. 36). Sin duda, Maquiavelo intentaba establecer algún tipo de regularidad teórica que tuviese mayor generalidad que la simple casuística, pero no veo cómo pueda salvarse el anacronismo de sostener que era un protopositivista, en primer lugar, porque entonces todos los autores propios del inicio de la modernidad serían, también, protopositivistas y, bajo los muy ambigüos criterios de Femia, igual podríamos considerar a Platón. Femia se equivoca al interpretar a Maquiavelo en este punto, en segundo lugar, debido a que lee demasiado en las frases que Maquiavelo usa para describir sus objetivos. Maquiavelo sostiene que extrae de la experiencia “reglas generales” que “nunca, o a lo sumo raramente”, fallan (*El príncipe*, cap. III), y no reglas generales, universales y necesarias.

Otro tema en el que la interpretación de Femia peca por exceso es en su interpretación de Maquiavelo como “consecuencialista”. Para Femia, en Maquiavelo la “necesidad empírica” se convirtió en un “nuevo imperativo moral”; por ello, la bondad de los fines se impone a la bondad de los medios y Maquiavelo se convertiría, así, en el ancestro del utilitarismo. Maquiavelo distinguía, ciertamente, a la moral de la política y consideraba que en política lo que cuenta son las consecuencias de los actos, no las intenciones (como lo demuestran los ejemplos de César Borgia y Agátocles de Siracusa). En este sentido es, en efecto, “consecuencialista”, sólo que ésta para Maquiavelo no es una teoría moral. Si, Maquiavelo era, en efecto, un teórico de la “autonomía de la política” (en lo que Femia parece estar de acuerdo), no tiene demasiado sentido convertirlo en el predecesor de una *teoría moral*. Es importante recordar, también, que Maquiavelo insiste en que los seres humanos buscan su *utilidad*, no su *interés*.

Estas críticas en puntos particulares no alteran, sin embargo, mi acuerdo con Femia en los puntos centrales de su interpretación del legado de Maquiavelo ni mi convicción de que ha sido capaz de ofrecernos, en unas cuantas páginas, los elementos centrales de una interpretación correcta de la obra del florentino. En otras palabras, al reconocer la importancia del inmanentismo, el naturalismo y el realismo político, Femia nos ofrece las categorías básicas para entender a Maquiavelo en sus propios términos, y no a través de prejuicios o ideologías (modas) contemporáneas.

HUMBERTO SCHETTINO

*Instituto de Investigaciones Filosóficas-UNAM*  
humberto@filosoficas.unam.mx